

Juan Huarte de San Juan y las diferencias de inteligencia*

José María Gondra
Universidad del País Vasco

El Examen de Ingenios de Huarte de San Juan fue uno de los libros científicos del Renacimiento español que más éxito tuvo. Escrito por un vasco de la Baja Navarra, ofreció un método para evaluar la inteligencia basado en la filosofía aristotélica y en la medicina hipocrático-galénica. Su marco teórico, clasificación de los ingenios y de las profesiones académicas, junto con los rasgos físicos y psicológicos de los diferentes temperamentos, son descritos y evaluados desde una perspectiva histórica.

Palabras clave: *Historia de la Psicología, inteligencia, temperamentos, psicología diferencial, orientación profesional.*

Huarte's Tryal of Wits was one of the most successful scientific books in the spanish Renaissance. Written by a Basque from the lower lands of the kingdom of Navarra, it proposed a method to evaluate the intelligence based on the Aristotelian philosophy and the Hippocratic-galenic medicine. Its theoretical framework, classification of wits and academic jobs, and the physical and psychological traits of the different temperaments are described and evaluated from a historical point of view.

Key words: *History of Psychology, Intelligence, Temperaments, Differential Psychology, Vocational Orientation.*

Han pasado más de cuatro siglos desde que, en 1575, un vasco de la Baja Navarra, el Doctor Juan Huarte de San Juan, publicó su *Examen de Ingenios para las ciencias*,¹ un libro que causó sensación entre sus contemporáneos a juz-

Dirección del autor: José María Gondra Rezola. Departamento de Procesos Psicológicos Básicos, Universidad del País Vasco, Campus de Ibaeta, Apartado de Correos 1.249. 20080 San Sebastián.

* El presente trabajo es una versión corregida y abreviada de la Lección Inaugural del curso 1993-1994 en la Universidad del País Vasco, titulada «Huarte de San Juan la Moderna Psicología de la Inteligencia», que ha sido publicada por el Servicio Editorial de dicha Universidad (Leioa, 1993).

1. En este trabajo citaremos la edición del *Examen de Ingenios* preparada por Guillermo Serés y publicada en 1989 por la editorial Cátedra de Madrid, por considerarla más accesible al lector actual.

gar por las muchas ediciones que de él se hicieron,² y que constituye uno de los precedentes más importantes de la moderna psicología diferencial.³ Huarte se adelantó a su época al proponer un método científico para el diagnóstico y evaluación de la inteligencia basado en la medicina hipocrático-galénica y en la filosofía natural.

Huarte pensaba que «ninguna cosa hace mayor daño a la sabiduría del hombre que mezclar las ciencias, y lo que es de la filosofía natural tratarlo en la metafísica y lo que es de la metafísica en la filosofía natural» (1989, p. 358). En consecuencia, adoptó el punto de vista del científico que concede más importancia a la observación empírica que a la autoridad de los antiguos, porque, como escribió, «es vergüenza muy grande que me haya dado la naturaleza ojos para ver y entendimiento para entender y que pregunte a Aristóteles y a los demás filósofos qué figuras y colores tienen las cosas y qué ser y naturaleza. Abrid vos los ojos, dice Platón (*Timeo*, 47b), y aprovechaos de vuestro ingenio y habilidad y no seáis cobardes: que el Autor que hizo a Aristóteles, ese mismo os crió a vos, y quien hizo un tan grande ingenio podrá fabricar otro mayor quedándole la mano sana y sin lesión» (Huarte, 1989, p. 337).⁴

En su calidad de médico familiarizado con la enfermedad, tomó buena nota de los cambios operados en la personalidad de sus pacientes durante los accesos de locura e insistió en que las operaciones mentales no podían desarrollarse sin el concurso del cerebro. La composición física de este órgano corpóreo determinaba las operaciones del entendimiento y esto era fundamental para comprender las diferencias intelectuales entre las personas. Porque todas tenían una constitución diferente al estar diversamente mezcladas en ellas los cuatro elementos básicos del universo. Este hecho diferencial debía ser tomado en serio por todos aquellos a quienes les incumbía la tarea de promover el bien común. En particular debían prestar una atención especial al ingenio del niño, a fin de descubrir sus características y orientarlo hacia los estudios más idóneos.

Este organicismo médico suscitó los recelos de los círculos tradicionales por atentar contra la doctrina del libre albedrío y la inmortalidad del alma. Si a ello le unimos el malestar de algunos profesores porque la teología positiva no figuraba entre las ciencias del entendimiento,⁵ comprenderemos su inclusión en el *Índice de libros prohibidos* del año 1581. Huarte se vio obligado a expurgarlo y corregirlo en una nueva edición que no salió a la luz pública hasta el año 1594, poco después de su muerte.

Es muy poco lo que conocemos sobre su vida, como no sea que nació en

2. El libro conoció 10 ediciones en vida de Huarte. La primera fue la de Baeza, publicada en 1575 en la imprenta de Juan Bautista Montoya, con la recomendación del censor Fray Lorenzo de Villavicencio y una tirada de 1.500 ejemplares. Posteriormente fue reeditado en Pamplona (1578), Bilbao y Valencia (1580) y Huesca (1581), siendo traducido al francés (1580) y al italiano (1582). Puesto en el índice de libros prohibidos en 1581, volvió a ser editado en los Países Bajos en Leyden (1591). Tras conocer en 1584 los pasajes que debía eliminar, Huarte preparó una nueva edición que salió a la luz pública en 1594, al poco de su muerte. En total, el libro ha tenido más de 60 ediciones, siendo traducido al francés, italiano, latín, inglés, alemán, holandés, etc. Para más detalles, véase la introducción de E. Torre a la versión de la Editora Nacional (Torre, 1977, pp. 25-36) o la más reciente de Scrés (1989, pp. 108-122).

3. Véase el libro de Iriarte (1948).

4. El texto, tomado del capítulo V, es un añadido perteneciente a la edición de 1594.

5. Iriarte piensa que Huarte fue denunciado por un profesor de teología positiva de la Universidad de Baeza y consultor del santo oficio, el Dr. Alonso Pretel, disgustado por el hecho de incluir a su profesión dentro de las ciencias de la memoria. Véase Iriarte (1948, pp. 54-56). Marañón (1990, p. 17) afirmó que la condena fue debida a las ideas heréticas latentes en el libro, pero esto no parece suficientemente demostrado.

San Juan del Pie del Puerto, hoy St. Jean de Pieu du Port, una de las merindades de la Baja Navarra, que es mencionada en la licencia del Rey Felipe II autorizando la publicación del libro en Aragón.⁶ Probablemente vino al mundo en el año 1529 o 1530, cuando el emperador Carlos V mandó dismantelar las fortificaciones y el castillo de su ciudad natal debido a las dificultades que comportaba su defensa militar. Ante lo incierto y precario de la situación, las principales familias del lugar emigraron a otras partes de la península, siendo probable que los Huarte dirigieran sus pasos hacia Andalucía al poco de nacer su hijo Juan.⁷ De sus estudios universitarios hay pocos datos ciertos. Los historiadores del siglo pasado⁸ dicen que estudió en la Universidad de Huesca, pero la presencia de un catedrático de medicina llamado Dr. San Juan en los catálogos del curso 1569-1570 sólo indica que formó parte del claustro de profesores y no que hubiera estudiado en ese centro universitario. Iriarte, por su parte, ha encontrado en la Universidad de Alcalá un alumno llamado Juan de San Juan, procedente de Baeza, que estudió medicina durante el periodo 1553-1559 y se doctoró el 31 de diciembre de 1559. Pero tampoco hay constancia de que dicha persona fuera el autor del *Examen de Ingenios*.⁹

El primer documento fidedigno que ha llegado hasta nosotros es una Real Provisión del año 1572 por la que se autoriza al municipio de Baeza a ratificar un contrato con el Dr Huarte de S. Juan, hombre de «muchas letras» y «grande habilidad» que se había destacado en la lucha contra la peste que asoló el lugar en 1571. Aunque trabajó en Baeza, Huarte pasó la mayor parte de su vida en la ciudad de Linares, en donde tuvo la casa principal, y en cuya Iglesia sería enterrado, de acuerdo con la voluntad expresada en su testamento.¹⁰ Su fallecimiento tuvo que ocurrir entre el 25 de noviembre de 1588 y el 19 de febrero de 1589 en Baeza, donde enfermó y testó. Pero, como decíamos anteriormente, lo más probable es que fuera enterrado junto a su mujer en la Iglesia de Santa María de Linares.

A falta de otros datos biográficos, Huarte ha legado a la posteridad un libro que habla sobre su persona con bastante más elocuencia que cuantos datos biográficos externos pudieran aducirse. Gracias a él sabemos que era un médico culto, humanista,¹¹ versado en los autores clásicos y en las Sagradas Escrituras,¹²

6. En ella pueden leerse las siguientes palabras: «por cuanto por parte de vos, el Dr. Juan Huarte de S. Juan, del lugar de S. Juan del Pie del Puerto de dicho nuestro reino de Navarra, nos ha sido fecha relación diciendo que vos habiades compuesto un libro intitulado *Examen de ingenio para las ciencias...*» (Huarte, 1989, p. 139).

7. En su minuciosa investigación, Iriarte (1948, pp. 22-25) ha encontrado indicios que relacionan a Huarte con la familia del Licenciado Juan de Huarte, alcalde mayor de San Juan del Pie de Puerto hasta el año 1525.

8. Véanse, por ejemplo, las *Historias de la Medicina* de Chinchilla (1841-1846) y Hernández Morejón (1842-1852).

9. Para más detalles véase el primer volumen de Chinchilla (1841, pp. 312-347) o el tercero de Hernández Morejón (1843, pp. 312-347); para una discusión más completa de este punto, véase Iriarte (1948, pp. 32-46).

10. El testamento lleva fecha de 1588. Huarte estuvo casado con Doña Águeda de Velasco, también de la Baja Navarra, con la que tuvo siete hijos, cuatro mujeres y tres varones. La mayor, Águeda, ingresó en 1587 en el convento de Santa Catalina de Baeza, en donde se conservan algunos datos biográficos. De los restantes hijos es muy poco lo que se conoce.

11. La obra de Huarte se sitúa en el contexto del segundo Renacimiento, cuando el interés por la clasificación de los saberes desplazó al estudio de la antigüedad, como ha indicado Serés (1989, pp. 19-26). Para una visión de la época en que fue escrito el *Examen de Ingenios*, pueden consultarse los libros de López Piñero (1979), Sánchez Granjel (1980) o las obras más generales de Boas (1962) y Callot (1951).

12. Según el estudio de las citas textuales del *Examen* realizado por García Vega y Moya Santoyo (1991, p. 117 y ss.), el 28 % de las mismas proceden de la Biblia. Después vienen, por este orden, Aristóteles, Galeno, Hipócrates, Cicerón y Platón.

que escribió en romance y no en latín¹³ por «saber mejor esta lengua que otra ninguna» (Huarte, 1989, p. 399), y estaba al corriente de la ciencia médica de la época. Original e ingenioso, al tiempo que muy crítico con la frivolidad de los pensadores sin ideas y la impericia de los malos profesionales, se propuso mejorar la sociedad de su tiempo mediante un ordenamiento más racional de los talentos individuales. Como lo indica el título del libro —el único que sepamos escribió—, el *Examen de Ingenios para las ciencias* trataba del ingenio requerido para el trabajo intelectual, es decir, de la inventiva capaz de generar conceptos nuevos, habilidad que en nuestros días designaríamos con el nombre de creatividad o inteligencia creadora.¹⁴

Huarte estaba persuadido de algo fundamental para él, a saber, el *hecho diferencial de la inteligencia*, o de las diferencias de ingenio, como él las llamaría, y el *hecho diferencial de las profesiones académicas*, que requerían habilidades muy distintas en quienes las practicaban. La naturaleza nos había hecho diferentes y ello significaba que no estábamos igualmente capacitados para todas las profesiones, debiendo elegir la que mejor se adecuara a nuestro talento natural. Este énfasis en la diversidad procedía de una experiencia personal que impresionó mucho a Huarte siendo todavía muy niño, como él mismo nos refiere al comienzo del libro:

Yo a lo menos soy buen testigo en esta verdad. Porque entramos tres compañeros a estudiar juntos latín, y uno aprendió con gran facilidad, y los demás jamás pudieron componer una oración elegante. Pero, pasados todos tres a dialéctica, el uno de los que no pudieron aprender gramática salió en las artes un águila caudal, y los otros dos no hablaron palabra en todo el curso. Y, venidos todos tres a oír astrología, fue cosa digna de considerar que el que no pudo aprender latín ni dialéctica, en pocos días supo más que el propio maestro que nos enseñaba y a los demás jamás nos pudo entrar. De donde espantado, comencé luego sobrello a discurrir y filosofar, y hallé por mi cuenta que cada ciencia pedía su ingenio determinado y particular, y que sacado de allí no valía nada para las demás letras. Y si esto es verdad, como lo es, y de ello adelante haremos demostración, ¿oh quién entrara hoy día en las escuelas de nuestros tiempos haciendo cala y cata de los ingenios! ¡A cuántos trocara las ciencias y a cuántos echara al campo por estópidos e imposibilitados para saber! ¡Y cuántos restituyera de los que, por no tener fortuna están en viles artes arrinconados, cuyos ingenios crió naturaleza sólo para las letras! Mas pues no se puede hacer ni remediar, no hay sino pasar con ello (Huarte, 1989, pp. 222-224).

Frente a este argumento de experiencia que, dicho sea de paso, recuerda bastante al utilizado por F. Galton, el padre de la moderna psicometría,¹⁵ no cabía otra respuesta que tomar en serio las diferencias de ingenio, llegando incluso

13. Al igual que otros muchos contemporáneos, Huarte prefirió el uso de las lenguas modernas frente al latín.

14. Véase el primer capítulo de la edición de 1594, titulado «Donde se declara qué cosa es ingenio y cuántas diferencias se hallan de él en la especie humana». En él se nos dice, entre otras cosas, que el término procede de los verbos latinos «*gigno, ingigno, ingenero*» (Huarte, 1989, p. 186); que «el entendimiento tiene virtud y fuerzas naturales de producir y parir dentro de sí un hijo, al cual llaman los filósofos naturales *noticia* o *concepto*, que es *verbum mentis*» (p. 188); y que *ingenero* «quiere decir engendrar dentro de sí una figura entera y verdadera que represente al vivo la naturaleza del sujeto cuya es la ciencia que se aprende» (p. 193-194). Se trataba de una noción parecida a la de Vives y otros pensadores de la época. Para más detalles, véase Iriarte (1948, pp. 192-193) y, en general Hutchings (1936).

15. Como se recordará, Galton utilizó la variabilidad de las calificaciones de los exámenes finales de Cambridge (Galton, 1869, p. 22) como argumento para defender la desigualdad de la inteligencia; y para medir esas diferencias fundó el «laboratorio antropométrico» en 1884 con motivo de la Exposición Mundial de la Salud celebrada en Londres (Álvarez, 1985, pp. 111-112). Huarte, sin embargo, no aceptó la tesis de la inteligencia general, al menos con la rotundidad de Galton y parece inclinarse más hacia las tesis de la especificidad. Pensaba que las personas sólo podían triunfar en una o, a lo sumo, dos profesiones, porque la naturaleza sólo les hacía eminentes en una o dos habilidades.

hasta forzar a los jóvenes a elegir la carrera más idónea para su talento. La adopción de medidas tan extremas como ésta, o la expulsión de los malos estudiantes, venía justificada por la trascendencia social de esta ordenación, aunque bien es cierto que Huarte no se hacía muchas ilusiones sobre sus resultados. Era una cuestión de justicia distributiva el que solo accedieran a las profesiones académicas los individuos verdaderamente dotados por la naturaleza. Por esta razón le recordó al Rey Felipe II su obligación de aprovechar todos los ingenios del país, sea cual fuera su origen o condición social, a fin de que ninguno se perdiera para la ciencia y se pusiera freno a los daños causados por los profesionales no cualificados. Para conseguir este objetivo tenía que establecer en la república unos diputados, «hombres de gran prudencia y saber que en la tierna edad descubriesen a cada uno su ingenio haciéndole estudiar por fuerza la ciencia que le convenía, y no dejarlo a su elección. De lo cual resultaría en vuestros estados y señorías haber los mayores artifices del mundo y las obras de mayor perfección, no más de por juntar el arte con naturaleza» (Huarte, 1989, p. 151).

Junto a esta meta social, Huarte buscaba potenciar la capacidad individual ofreciendo al lector inteligente un instrumento para «saber distinguir y conocer estas diferencias mentales del ingenio humano, y aplicar con arte a cada uno la ciencia en que más ha de aprovechar», como podía leerse en el segundo proemio del libro (Huarte, 1989, p. 164). Porque, en su opinión, había tres cosas ciertas de las cuales no existía duda alguna:

La primera es que, de muchas diferencias de ingenio que hay en la especie humana, solo una te puede con eminencia caber...

La segunda, que a cada diferencia de ingenio le responde, en eminencia, sólo una ciencia y no más; de tal condición que, si no aciertas a elegir la que corresponde a tu habilidad natural, ternás de las otras gran remisión aunque trabajes días y noches.

La tercera, que después de haber entendido cuál es la ciencia que a tu ingenio más le responde, te queda otra dificultad mayor por averiguar; y es si tu habilidad es más acomodada a la práctica que a la teórica, porque estas dos partes, en cualquier género de letras que sea, son tan opuestas entre sí y piden tan diferentes ingenios, que la una a la otra se remiten como si fueran verdaderos contrarios (Huarte, 1989, pp. 159-160).

La promesa de ayudarles a descubrir algo tan relevante como las habilidades para el trabajo profesional tuvo que ejercer un enorme atractivo sobre sus contemporáneos que, al igual que los nuestros, estaban muy preocupados por las pruebas o exámenes de ingenio. Esto no era nuevo, ya que continuaba una tradición iniciada por Platón y revitalizada por Luis Vives, quien en sus escritos pedagógicos insistió en la necesidad de orientar al niño hacia los estudios más idóneos para su ingenio.¹⁶ La originalidad de Huarte radicaba en el análisis de las habilidades requeridas por las distintas ciencias y en la especificación de los signos que las evidenciaban, que permitían una distribución más racional de las personas y profesiones, y de los cuales quisiéramos tratar en este trabajo. El *Examen* ofrecía a sus lectores un catálogo de rasgos externos, tanto físicos como psíquicos, que les ayudasen a conocer su talento y que constituyen el primer intento científico de un análisis de la inteligencia.

16. Para la noción de ingenio en Vives, véase la obra clásica de Bonilla y San Martín (1929) o la más reciente de Noreña (1978). Asimismo es interesante el libro de Marañón (1942).

El libro tenía dos partes, una dedicada a la inteligencia propiamente dicha y otra formada por el último capítulo que Huarte no dudó en calificar de «notable», y que trataba de «la manera cómo los padres han de engendrar los hijos sabios y del ingenio que requieren las letras» (Huarte, 1989, p. 601). En él ofrecía una serie de consejos prácticos sobre la elección de pareja, la procreación de hijos inteligentes y la educación de su ingenio, con vistas a mejorar el nivel físico y mental de la estirpe mediante una inteligente política de matrimonios y unas buenas prácticas educativas.¹⁷ La primera parte, que es la que más nos interesa ahora, contiene una sección teórica formada por los siete primeros capítulos de la primera edición —o *edición príncipe*—, los cuales tratan de los fundamentos fisiológicos y de las potencias o facultades de la mente. A continuación viene una sección práctica donde se pasa revista a las principales profesiones intelectuales y a las habilidades requeridas por ellas. Comienza con un capítulo «donde se da a cada diferencia de ingenio la ciencia que le responde en particular y se le quita la que es repugnante y contraria» (Huarte, 1989, p. 293), y concluye con el oficio de rey que requiere unas condiciones excepcionales que se dan en muy pocas personas.

Fundamentos teóricos

Ahora bien, ¿cómo justificó Huarte la existencia de tantas diferencias de ingenio entre las distintas personas? ¿Cuál era la causa de esta diversidad? No el alma racional, que era idéntica en todos los miembros de la especie humana, sino su constitución corpórea, que admitía multitud de combinaciones diferentes. Las diferencias intelectuales se debían a las diferencias en la proporción o mezcla de los elementos que componían el cuerpo, los cuales constituyen su naturaleza o temperamento. Pero antes de abordar este punto será preciso recordar unas nociones básicas sobre la mente humana.

Huarte siguió con mayor o menor fidelidad la doctrina de las facultades mentales, que se remontaba al tratado aristotélico *De Anima*¹⁸ y había sido popularizada por la escolástica. Concebida como principio del movimiento de los seres vivos, la *psique* aristotélica se manifestaba en la locomoción, crecimiento, sensación, emoción, pensamiento y demás movimientos del compuesto psicofísico. De ahí que pudiera hablarse de varias almas o partes del alma, tales como la vegetativa, la sensitiva y la racional, aunque en realidad no se trataba de almas distintas, sino de funciones generales que, a su vez, podían dividirse en otras más específicas. El alma *vegetativa* englobaba a las funciones inferiores del crecimiento, alimentación y expulsión de los residuos orgánicos; el alma *sensitiva* era el principio de las operaciones sensoriales y motrices más elementales, tales como las

17. Remitimos al lector a otro escrito (Gondra, 1989) en el que hemos tratado más extensamente de este punto.

18. Véase Aristóteles (1988). Para una introducción a la psicología aristotélica pueden consultarse las obras clásicas de Chaignet (1966b), Ross (1961) o las más recientes de Hicks (1970), Modrak (1987) y Robinson (1989). Para la noción del alma en los filósofos de la antigüedad clásica, véase Siebeck (1961). También son útiles las obras de Chaignet (1966a) y Guthrie (1960; 1962-1981), entre otras muchas.

sensaciones, emociones y deseos impulsivos, y el alma *racional* era la facultad del conocimiento superior. Patrimonio exclusivo del ser humano, el único animal pensante, informaba o subsumía a las demás almas, de la misma manera que el cuadrilátero incluía al triángulo dentro de sí. Dicho con otras palabras, en la mente había una jerarquía de niveles de funcionamiento en la que los inferiores estaban incluidos potencialmente en los superiores. Así, el acto de pensar requería unas percepciones e imágenes sensoriales previas, y éstas incluían, a su vez, al crecimiento y demás actividades orgánicas. La psique era la organización de una pluralidad de funciones.

El *alma racional* poseía, según Huarte, tres potencias o facultades —el entendimiento, la imaginativa y la memoria— encargadas, respectivamente, de las operaciones básicas de entender, imaginar y recordar. Esta división se apartaba de la tradicional al no incluir a la voluntad y dar un relieve especial a la *imaginativa*, la facultad encargada del conocimiento empírico de los objetos concretos. Situada a mitad de camino entre el «sentido común» aristotélico —cuya función era unir a las impresiones sensoriales dispersas en unidades perceptivas complejas— y el entendimiento abstracto, la imaginativa producía las imágenes del pensamiento, permitía encontrar formas bellas y novedosas en las cosas y daba un conocimiento intuitivo y al mismo tiempo práctico. El *entendimiento* era la potencia más noble, dado que se ocupaba del pensamiento abstracto y racional. Se caracterizaba por la inventiva o capacidad de generar conceptos nuevos,¹⁹ y sus principales funciones eran la abstracción, el juicio y el raciocinio. Por último, la *memoria* era la potencia más pasiva, debido a que se limitaba a retener las impresiones sensoriales una vez desaparecidos los objetos sensibles, pero suministraba los materiales al entendimiento y en este sentido era necesaria para el pensamiento.

Estas potencias eran orgánicas o, lo que es lo mismo, tenían una base material en el cerebro, el instrumento u órgano de la mente. Dicho con otras palabras, dependían del temperamento cerebral o, mejor, de la proporción en que se hallaban mezcladas las cualidades primarias que daban origen a las cosas, a saber, el calor, frialdad, humedad y sequedad. Como escribió Huarte, comentando a Aristóteles, «el temperamento de las cuatro calidades primarias se ha de llamar *naturaleza*, porque de ésta nascen todas las habilidades del hombre, todas las virtudes y vicios, y esta gran variedad que tenemos de ingenios» (Huarte, 1989, p. 244). El predominio de una sobre las demás explicaba la habilidad o inhabilidad para una ciencia.²⁰

En apoyo de esta tesis organicista podían invocarse muchos hechos de experiencia psicológica, tanto de la psicología evolutiva como de la clínica o psico-

19. Huarte (1989, pp. 300-303) rechazó la teoría platónica de las formas preexistentes y también la doctrina aristotélica de la *tabula rasa*. Tal y como afirma Serés en su introducción al *Examen*, «no consiste el entendimiento, viene a decir, ni en el recuerdo de ideas preexistentes a la existencia actual, ni procede en tal forma del "sensorio común": el "ánima racional", de la misma forma que posee una energía o instinto que la capacita para ejercer automáticamente las funciones de vegetación, sensación y estimación (éstas sí aristotélicas), lo tiene para las de la inteligencia. Tiene cada entendimiento su peculiar energía, "composición y figura", y en virtud de ellas engendra sus imágenes e ideas, que no son aquellas representaciones puras que enseña Aristóteles» (Serés, 1989, p. 37).

20. Como se recordará, esas cualidades, mezcladas de dos en dos —calor y humedad; calor y sequedad; frialdad y sequedad; frialdad y humedad—, daban origen a los cuatro elementos del universo: aire, fuego, tierra y agua y a los cuatro humores del cuerpo: sangre, cólera, melancolía y flema. Para una visión más completa de esta doctrina galénica, véase el libro de Siegel (1973, pp. 114-214).

patología. Así, Huarte observó los cambios operados en la inteligencia del niño a medida que iba creciendo y maduraba su constitución corpórea. El ser humano «en la puericia no es más que un bruto animal... pero, venida la adolescencia, comienza a descubrir un ingenio admirable, y vemos que le dura hasta cierto tiempo y no más, porque, viniendo la vejez, cada día va perdiendo el ingenio, hasta que viene a caducar» (Huarte, 1989, p. 244-245). Dado que el alma racional era la misma a lo largo del desarrollo evolutivo, estas diferencias eran debidas al temperamento. Y a título de confirmación adujo la doctrina galénica sobre la influencia de la dieta y el clima sobre la personalidad. La frialdad, calor, humedad y sequedad de una región, los alimentos, aguas y aire, hacen a unos necios y a otros sabios, a unos valientes y a otros cobardes etc. De ahí las diferencias psicológicas existentes entre los distintos pueblos:

Y vese claramente por experiencia cuánto disten los griegos de los escitas, y los franceses de los españoles y los indios de los alemanes y los de Etiopía de los ingleses. Y no solamente se echa de ver en regiones tan apartadas; pero si consideramos las provincias que rodean a toda España, podremos repartir las virtudes y vicios, que hemos contado, entre los moradores de ellas, dando a cada cual su vicio y su virtud. Y si no, consideremos el ingenio y costumbres de los catalanes, valencianos, murcianos, granadinos, andaluces, extremeños, portugueses, gallegos, asturianos, montañeses, vizcaínos, navarros, aragoneses y los del riñón de castilla. ¿Quién no ve y conoce lo que estos difieren entre sí, no sólo en la figura del rostro y compostura del cuerpo, pero también en las virtudes y vicios del ánima? Y todo nace de tener cada provincia de éstas su particular y diferente temperamento. Y no solamente se conoce esta variedad de costumbres en regiones tan apartadas pero aun en lugares que no distan más que una pequeña legua, no se puede creer la diferencia de ingenio que hay entre los moradores (Huarte, 1989, p. 247).

Aun no compartiendo en su totalidad el determinismo de Galeno, para quien todos los vicios y virtudes eran producto del temperamento, éste era un determinante poderoso de la naturaleza humana. Y a sus adversarios, los filósofos morales, que se negaban a aceptar este hecho, les desafió a que le dijeran cómo intentaban cambiar la conducta de un hombre mujeriego y bebedor:

Cierto es que lo primero que ha de hacer es afearle el vicio de la lujuria; y le contará los males y daños que suele traer consigo, y el peligro en que está su ánima si la muerte le arrebata sin haber hecho penitencia de sus pecados. Tras esto, le aconsejará el ayuno, el rezar y meditar, el poco dormir el acostarse en el suelo y vestido, la disciplina, el apartarse de mujeres y ocuparse en obras pías.... Con estos remedios, perseverando muchos días en ellos, se porná el hombre flaco y amarillo y tan diferente del que solía ser, que el que antes se perdía por mujeres y por comer y beber, ahora le da pena y dolor oílo mentar.

Viendo el filósofo moral al hombre vicioso con estas señales dirá, y con razón: «éste ya tiene hábito de castidad y temperancia». Pero, porque su arte no pasa de aquí, piensa que estas dos virtudes han venido por los aires y asentándose en el ánima racional sin haber pasado por el cuerpo. Mas el médico, que sabe de dónde nace la flaqueza y color amarillo, y cómo se introducen las virtudes y corrompen los vicios, dirá que este hombre tiene ya hábito de castidad y temperancia porque con aquellos remedios se perdió el calor natural y en su lugar sucedió la frialdad (Huarte, 1989, p. 257-258).

Este ejemplo, en el que algunos encontrarán un anticipo de las modernas terapias cognitivo-conductuales, no era nada comparado con los prodigios que podían hacer los enfermos mentales bajo la influencia patológica del cerebro. Así, un Labrador ignorante podía convertirse en un genio de la oratoria:

De un rústico labrador sabré yo decir que, estando frenético, hizo delante de mí un razonamiento encomendando a los circunstantes su salud y que mirasen por sus hijos y mujer si de aquella enfermedad fuese Dios servido llevarle, con tantos lugares retóricos, con tanta elegancia y policia de vocablos como Cicerón lo podía hacer delante del Senado. De lo cual admirados los circunstantes, me preguntaron de dónde podía venir tanta elocuencia y sabiduría a un hombre que estando en sanidad no sabía hablar; y acuérdomme que respondí que la oratoria es una ciencia que nace de cierto punto de calor y que este rústico labrador la tenía ya por razón de la enfermedad (Huarte, 1989, pp. 305-306).

Otro paciente, un paje joven y falto de ingenio, cuando se hallaba en estado de manía «eran tantas las gracias que decía, los apodos, las respuestas que daba a lo que le preguntaban, las trazas que fingía para gobernar un reino del cual se tenía por señor, que por maravilla le venían gentes a ver y oír, y el propio señor jamás se quitaba de la cabecera rogando a Dios que no sanase» (Huarte, 1989, p. 308). Pero, una vez recuperada la salud, despidió al médico con las siguientes palabras: «Señor Doctor, yo os beso las manos por tan gran merced como me habéis hecho en haberme vuelto mi juicio; pero yo os doy mi palabra, a fe de quien soy, que en alguna manera me pesa de haber sanado, porque estando en mi locura vivía en las más altas consideraciones del mundo y me fingía tan gran señor que no había Rey en la tierra que no fuese mi feudatario. Y que fuese burla y mentira, ¿qué importaba?, pues gustaba de ello como si fuera verdad ¡Harto peor es ahora, que me hallo de veras que soy un pobre paje y que mañana tengo que comenzar a servir a quien estando en mi enfermedad, no le recibiera por mi lacayo!» (Huarte, 1989, pp. 308-309).

Había enfermos que hablaban latín sin haberlo estudiado jamás o adivinaban el pensamiento para pasmo y horror de sus visitantes. Tales poderes, que Huarte atribuyó al calentamiento del cerebro y no a la posesión diabólica,²¹ demostraban muy a las claras la influencia del tempero cerebral sobre las operaciones del alma racional.

Clases de inteligencia

Una vez probada la tesis general, Huarte procedió a relacionar las potencias del alma con los distintos temperamentos corpóreos. Dijimos anteriormente que éstos dependían de la mezcla de las cualidades primarias y de su desequilibrio, con el predominio de una sobre las demás. Sin embargo esto no es totalmente exacto, ya que la frialdad, al impedir los movimientos del alma, imposibilitaba el pensamiento. Las cualidades que verdaderamente contaban eran las tres positivas, el calor, la humedad y la sequedad. El *calor* determinaba la *imaginativa*, de modo que los imaginativos tenían cerebros calientes. La *humedad* era responsable de la facultad de la *memoria* y la *sequedad* del *entendimiento*, la más noble de todas las potencias del alma.

Huarte justificó esta distribución con toda clase de argumentos, tanto de autoridad como de experiencia. Así, por ejemplo, el binomio «sequedad-enten-

21. Véase Huarte (1989, pp. 315-320). En aquella época todavía era común la idea de que la enfermedad mental era debida a la posesión diabólica.

dimiento», además de ser opinión unánime de los filósofos, venía avalado por el Profeta Isaías y por los hechos de la experiencia, como puede apreciarse en este texto:

Sólo el profeta Esaías le puso nombre cuando dijo *vexatio dat intellectum*. Porque la tristeza y la aflicción gasta y consume no solamente la humedad del cerebro, pero los huesos deseca; con la cual calidad se hace el entendimiento más agudo y perspicaz. De lo cual se puede hacer evidente demostración considerando muchos hombres que, puestos en pobreza y aflicción, vinieron a decir y escribir sentencias dignas de admiración, y venidos después a próspera fortuna, a buen comer y beber, no acertaron a hablar, porque la vida regalada, el contento, el buen suceso y hacerse todas las cosas a su voluntad, relaja y humedece el cerebro (Huarte, 1989, pp. 332-333).

La mejor prueba de que la memoria dependía de la humedad la brindaba la enorme retentiva de los niños, cuyo cerebro era muy húmedo a consecuencia de la proximidad de su concepción y nacimiento. Por último, el calor era el causante de la imaginativa porque «las ciencias que pertenecen a la imaginativa son las que dicen los delirantes en la enfermedad, no de las que pertenecen al entendimiento ni memoria; y siendo la frenesía, manía y melancolía pasiones calientes del cerebro, es grande argumento para probar que la imaginativa consiste en calor» (Huarte, 1989, p. 340).

En suma, había tres potencias o facultades, el entendimiento, la memoria y la imaginativa, que daban origen a tres clases de personas, los inteligentes, los memoriosos y los imaginativos, según fuera la mezcla de las cualidades primarias en su cerebro. Estas facultades podían dividirse, a su vez, en otras más específicas. Por ejemplo, el *entendimiento* admitía tres variedades en función de las operaciones del raciocinio, juicio y elección a él atribuidas. Lo mismo podía decirse de la *memoria*, que Huarte dividió en tres subclases: la pronta para aprender y olvidar lo aprendido, la tarda para aprender y también para olvidar, y, por último, la pronta para aprender y tarda para olvidar.²²

Junto a esta clasificación que podríamos llamar cualitativa, Huarte ofreció otra cuantitativa en función de la intensidad de la potencia dominante, la cual constituye un importante precedente de las modernas escalas de la inteligencia. El entendimiento admitía tres niveles:

1. El más elemental, caracterizado por entender únicamente las cuestiones más fáciles y elementales: «En este grado están todos los ruines letrados de cualquier facultad; los cuales, consultados en las cosas fáciles de su arte, dicen todo lo que se puede entender, pero venidos a lo muy delicado, dicen mil disparates» (Huarte, 1989, p. 343).

2. El carente de inventiva pero capaz de dominar todas las reglas del arte, tanto las fáciles como las difíciles, a base de mucho estudio y buenos maestros. Según Huarte, los sujetos de este nivel «tienen la propiedad de la oveja, la cual nunca sale de las pisadas del manso, ni se atreve a caminar por lugares desiertos y sin carril, sino por veredas muy holladas y que alguno vaya delante» (Huarte, 1989, p. 345).

3. El nivel superior es el del entendimiento creativo, propio de las perso-

22. La imaginativa admitía muchas más variedades, porque, según Huarte (1989, p. 343): «tiene las tres, como el entendimiento y memoria, y de cada grado resultan otras tres».

nas capaces de abordar por sí solas las cuestiones más arduas y complejas, sin necesidad de maestros. Huarte lo describió en los siguientes términos:

A los ingenios inventivos llaman en lengua toscana *caprichosos*, por la semejanza que tienen con la cabra en el andar y pacer. Ésta jamás huelga por lo llano; siempre es amiga de andar a sus solas por los riscos y alturas y asomarse a grandes profundidades; por donde no sigue vereda ninguna ni quiere caminar con compañía; tal propiedad como ésta se halla en el ánimo racional cuando tiene un cerebro bien organizado y templado: jamás huelga en ninguna contemplación, todo es andar inquieta buscando cosas nuevas que saber y entender. De esta manera de ánimo se verifica aquel dicho de Hipócrates: *animae deambulatio, cogitatio hominibus* (Huarte, 1989, págs. 344-345).

Sólo estos individuos deberían publicar obras impresas, ya que eran los únicos capacitados para hacer progresar al conocimiento. A los demás, «no había de permitir la república que escribiesen libros, ni dejárselos imprimir; porque no hacen más de dar círculos en los dichos y sentencias de los autores graves, y tornarlos a repetir; y hurtando uno de aquí y tomando otro de allí, ya no hay quien no componga una obra» (Huarte, 1989, p. 344).

División de las ciencias

A la hora de clasificar a las ciencias, Huarte se basó en la división tripartita del alma racional y además tuvo en cuenta la distinción teórico-práctica indicada en el proemio al lector anteriormente citado. Las ciencias más importantes eran las del *entendimiento*, grupo al que pertenecían la teología escolástica, la teoría de la medicina, la dialéctica, la filosofía natural y moral, y la práctica del derecho. A la *memoria* le correspondían la gramática, el latín y demás lenguas, la teoría del derecho, teología positiva, cosmografía y aritmética. Por último, a la *imaginativa* le correspondían las disciplinas en que intervenía la figura, correspondencia, armonía y perfección, tales como: «poesía, elocuencia, música, saber predicar; la práctica de la medicina, matemáticas, astrología; gobernar una república, el arte militar; pintar, trazar, escribir, leer, ser un hombre gracioso, apodador, polido, agudo *in agilibus*; y todos los ingenios y maquinamientos que fingen los artifices; y también una gracia de la cual se admira el vulgo, que es dictar a cuatro escribientes juntos materias diversas, y salir todas muy bien ordenadas» (Huarte, 1989, p. 396).

Huarte no intentó justificar la división en todas y cada una de las ciencias, y se limitó únicamente a las más importantes. La relación de las lenguas con la memoria se fundamentaba en la teoría aristotélica sobre los orígenes del lenguaje. Al ser éste una construcción arbitraria y artificial para la comunicación y transmisión de los conceptos: «Resultó de allí tanto número dellos y tantas maneras de hablar tan sin cuenta ni razón, que si no es teniendo el hombre buena memoria, con ninguna otra potencia es imposible poderse comprender» (Huarte, 1989, p. 398). Por otra parte, su incompatibilidad con la *imaginativa* y con el *entendimiento* era patente en la facilidad con que los niños aprendían nuevos idiomas:

«Pues vemos que si a Castilla viene a vivir un vizcaíno de treinta o cuarenta años, jamás aprende el romance, y si es muchacho, en dos o tres años parece nacido en Toledo» (Huarte, 1989, p. 398).

La teología escolástica requería un gran entendimiento para hacer las sutilísimas distinciones, juicios y racionios que la caracterizaban. Pero este argumento no era el más fuerte para Huarte. El argumento principal era que los teólogos eran muy malos latinistas²³ y además estaban pésimamente dotados para todas las actividades que requerían imaginativa. Así resultaba difícil encontrar un teólogo que al mismo tiempo fuera buen versificador, porque el calor de la poesía echaba a perder el entendimiento, y, por otra parte, quien destacaba en poesía podía despedirse de las ciencias del entendimiento y de la memoria:

Y, así, tengo por cosa llana que el muchacho que saliere con notable vena para metrificar, y que con liviana consideración se le ofrecieren muchos consonantes, que ordinariamente corre peligro en saber con eminencia la lengua latina, la dialéctica, filosofía, medicina y teología escolástica y las demás artes y ciencias que pertenecen al entendimiento y memoria. Y así lo vemos por experiencia: que si a un muchacho destes le damos que aprenda un nominativo de memoria, no lo tomará en dos ni tres días; y si es un pliego de papel escrito en metro, para representar alguna comedia, a dos vueltas que le dé se le fija en la cabeza. Éstos se pierden por leer en libros de caballerías, en Orlando, en Boscán, en «Diana» de Montemayor y otros así; porque todas estas cosas son obras de la imaginativa. Pues ¿qué diremos del canto de órgano y de los maestros de capilla, cuyo ingenio es ineptísimo para el latín y para todas las demás ciencias que pertenecen al entendimiento y memoria? La misma cuenta lleva el tañer y todo género de música (Huarte, 1989, p. 406).

La incapacidad de los teólogos para el latín y la poesía demostraba bien a las claras que su clasificación era correcta. Pero además esto era confirmado por su pésima caligrafía y mala fortuna en los juegos de naipes y en el ajedrez, donde tan importante era la imaginativa. El capítulo concluía con la pregunta de por qué los buenos latinistas eran tan arrogantes y los españoles tan malos latinistas. A la primera cuestión respondió que su arrogancia era debida a la falta de entendimiento, ya que la humildad —la virtud contraria a la soberbia— era la manifestación más clara de la sabiduría. Con ello quedaba preparado el camino para la segunda cuestión: los españoles eran tan malos latinistas, en comparación con los franceses, italianos y alemanes, porque eran mucho más inteligentes. Esta extraña afirmación contaba con el apoyo de Galeno y de Aristóteles:

Buscando Galeno el ingenio de los hombres por el temperamento de la región que habitan, dice que los que moran debajo del septentrion todos son faltos de entendimiento; y los que están situados entre el septentrion y la tórrida zona son prudentísimos. La cual postura responde puntualmente a nuestra región, y es cierto así. Porque España, ni es tan fría como los lugares del Norte, ni tan caliente como la tórrida zona. La misma sentencia trae Aristóteles preguntando por qué los que habitan tierras muy frías son de menos entendimiento que los que nacen en las más calientes; y en la respuesta trata muy mal a los flamencos, alemanes, ingleses y franceses, diciendo que su ingenio es como el de los borrachos, por la cual razón no pueden inquirir ni saber la naturaleza de las cosas. Y la causa de esto es la mucha humedad que tienen en el cerebro

23. Con su estilo característico, Huarte escribió que «el que no concluyere con esta razón, lea a Santo Tomás, Escoto, Durando y Cayetano, que son la prima de esta facultad; y hallará grandes delicadezas en sus obras, dichas y escritas en muy llano y común latín. Y no fue otra la causa sino que estos graves autores tuvieron desde niños muy flaca memoria para aventajarse en la lengua latina; pero venidos a la dialéctica, metafísica y teología escolástica, alcanzaron todo lo que vemos por tener grande entendimiento (1989, p. 401).

y en las demás partes del cuerpo; y así lo demuestra la blancura del rostro y el color dorado del cabello, y que por maravilla se halla un alemán que sea calvo; y con esto, todos son crecidos y de larga estatura, por la mucha humedad que hace dilatables las carnes. Todo lo cual se hace al revés en los españoles: son un poco morenos, de cabello negro, medianos de cuerpo y los más los vemos calvos; la cual disposición dice Galeno que nace de estar caliente y seco el cerebro. Y si esto es verdad, forzosamente han de tener ruin memoria y grande entendimiento, y los alemanes, grande memoria y poco entendimiento. (Huarte, 1989, p. 414-415).

Como podrá apreciarse, Huarte salió en defensa de sus compatriotas, al parecer peor dotados para las lenguas y menos agraciados físicamente que sus vecinos europeos. Pero ello no fue obstáculo para que reconociera que las personas muy inteligentes y dotadas de cierta memoria podían leer bien en latín que era, con mucho, la lengua más perfecta.

Habilidades para las distintas profesiones

Tras este catálogo general, Huarte procedió a establecer los perfiles diferenciales de las profesiones académicas, cuyas características más importantes resumiremos a continuación.

1. *Teólogos y predicadores*. Había una clara línea divisoria entre la investigación teológica y la práctica de la predicación. La primera era una ciencia del entendimiento, mientras que la predicación demandaba mucha imaginación y algo de memoria, las cuales, como se recordará, estaban reñidas con el entendimiento.²⁴ En consecuencia, los teólogos solían ser malos predicadores, y los predicadores rara vez salían inteligentes, constituyéndose en un peligro público cuando intentaban sentar cátedra y erigirse en guías del pueblo cristiano.

No sabemos si debido a la necesidad de encontrar predicadores competentes, o porque en el capítulo anterior ya había definido negativamente a los teólogos en función del latín y demás actividades de la imaginativa, lo cierto es que sólo propuso criterios para la selección de buenos oradores. Los más adecuados eran los temperamentos templados en los que se hallaban perfectamente equilibrados los elementos de la mezcla, pero como éstos eran difíciles de encontrar, había que contentarse con los «melancólicos por adustión» o combustión. Se trataba de sujetos imaginativos y al mismo tiempo dotados de cierto entendimiento, cuyo biotipo era el siguiente:

Tienen el color del rostro verdinegro, cenizoso, los ojos muy encendidos (por los cuales se dijo: "es el hombre que tiene sangre en el ojo"); el cabello negro y calvos; las carnes pocas, ásperas y llenas de vello; son de muy buena conversación y afables; pero lujuriosos, soberbios, altivos, renegadores, astutos, doblados, injuriosos y amigos de hacer mal y vengativos. Esto se entiende cuando la melancolía se enciende; pero si se enfría, luego nacen en ellos las virtudes contrarias: castidad, humildad, temor y reverencia de Dios, caridad, misericordia y gran reconocimiento de sus peca-

24. La retórica era una disciplina general que enseñaba el arte de hablar elocuentemente en todas las ciencias, por lo que era difícil encontrar un orador perfecto. Las principales cualidades dependían de la imaginativa y entre ellas figuraban la capacidad de encontrar argumentos que sonaran bien a los oídos, la inventiva, la claridad y orden de exposición, los gestos emotivos, la abundancia de ejemplos y parábolas, la voz abultada y no áspera, la lengua suelta, rápida y bien ejercitada, etc., todas ellas dependientes del calor. La memoria era necesaria para recordar lo leído y tener un lenguaje florido y no afectado, cualidad que pertenecía en parte a la imaginativa y en parte a la memoria (Huarte, 1989, pp. 437-448).

dos con suspiros y lágrimas. Por la cual razón viven en una perpetua lucha y contienda, sin tener quietud ni sosiego: unas veces vence en ellos el vicio y otras la virtud (Huarte, 1989, pp. 460-462).

Estas líneas tan duras, y al mismo tiempo tan gráficas y descriptivas, podrían explicar las reticencias y oposición de ciertos círculos eclesiásticos al *Examen de Ingenios*. Por otra parte, los muy inteligentes pero faltos de memoria e imaginación, aun siendo aburridos, podían iluminar al pueblo con su doctrina, mientras que los dotados de gran imaginativa y memoria, pero faltos de entendimiento, no deberían acceder al oficio de predicadores. Porque aun cuando llevaban de calle al auditorio con sus brillantes imágenes y ejemplos, terminaban con sus huesos en la Inquisición debido a sus errores doctrinales.

2. *Especialistas en derecho, jueces y abogados*. También en las ciencias del derecho tenía vigencia la distinción entre teoría y práctica; por una parte estaban los teóricos de las leyes, y por otra los abogados y jueces. Los primeros, cuya función era establecer el sentido exacto de la ley, necesitaban mucha memoria para no apartarse un ápice de ella. De ahí el nombre de *letrados* o, lo que es lo mismo, «a letra dados». Pero al no tener que dar una opinión propia, les sobraba el entendimiento, cosa que no ocurría con los jueces y abogados ocupados en la práctica del derecho. Los abogados debían ser muy inteligentes para encontrar argumentos en los que basar la defensa y los jueces para razonar sus sentencias.

En esta profesión más que en ninguna otra era preciso estudiar detenidamente a los candidatos, porque se necesitaban personas sumamente inteligentes que pudieran llegar a la verdad con sus razonamientos y juicios. Así como en otras ciencias había un criterio claro para establecer la veracidad de los juicios —los médicos y militares podían ver si su diagnóstico o predicciones eran confirmados por los hechos— en la práctica del derecho esto era imposible porque las sentencias de los jueces eran recurribles y las opiniones muchas y muy encontradas.

Desde una perspectiva negativa, debían ser excluidos los muchachos con mucha memoria e imaginación. Por tanto no eran recomendables los que memorizaban rápidamente las primeras letras, ni tampoco los que comenzaban a escribir pronto y bien: «El muchacho que en pocos días asentare la mano e hiciere los renglones derechos, y la letra pareja y con buena forma y figura, ya es mal indicio para el entendimiento, porque esta obra se hace con la imaginativa y estas dos potencias tienen la contrariedad que hemos dicho y notado» (Huarte, 1989, p. 490).

Tampoco eran aptos los buenos gramáticos y latinistas, aunque su exclusión no era absoluta, ya que si se empeñaban en continuar con las leyes podían obtener buenos resultados en la cátedra de derecho, cautivando a sus discípulos con el buen uso de la lengua. En opinión de Huarte: «Si porfiare a estudiar leyes y permaneciere en las Escuelas muchos días, será famoso lector y le seguirán muchos oyentes, porque la lengua latina es muy graciosa en la cátedra, y para leer con grande apariencia son menester muchas alegaciones y amontonar en cada ley todo lo que está escrito sobre ella; para lo cual es más necesaria la memoria que el entendimiento. Y aunque es verdad que en la Cátedra se ha de distinguir, inferir, raciocinar, juzgar y elegir para sacar el verdadero sentido de la ley, pero, en fin, pone el caso como mejor le parece, y trae los dubios y opuestos a su gus-

to, y da la sentencia como quiere y sin que nadie le contradiga; para lo cual basta un mediano entendimiento» (Huarte, 1989, p. 490).

Desde una perspectiva positiva, la piedra de toque era la *dialéctica*, una disciplina que enseñaba «cómo había de raciocinar, con qué preceptos y reglas, cómo había de definir la naturaleza de las cosas, distinguir, dividir, inferir, raciocinar, juzgar y elegir» (Huarte, 1989, p. 433). Si el muchacho era aventajado en dialéctica «es argumento infalible de tener el entendimiento que requieren las leyes» (Huarte, 1989, p. 491).

Si no cumplía este requisito pero poseía una buena imaginativa y se empeñaba en estudiar derecho, le quedaba el recurso de utilizar su imaginación en la política, una actividad que no requería un alto entendimiento. Según Huarte: «Hay letrados que, puestos en la Cátedra, hacen maravillas en la interpretación del derecho y otros en la abogacía; y poniéndoles una vara en la mano, no tienen más habilidad para gobernar que si las leyes no se hubieran hecho aquel propósito. Y por el contrario, hay otros que con tres leyes mal sabidas que aprendieron en Salamanca, puestos en una gobernación no hay más que desear en el mundo... La razón es que el gobernar pertenece a la imaginación y no al entendimiento ni memoria» (Huarte, 1989, pp. 491-492). La actividad política exigía comunicar las ideas con orden y concierto y esto era obra de la imaginativa.

3. *Medicina*. Al tratar de su profesión, Huarte mostró una evidente predilección por la teoría, que asignó a las ciencias del entendimiento, mientras que la práctica médica pertenecía a la imaginativa. Para justificar la incompatibilidad existente entre ambas recurrió nuevamente a un caso de experiencia:

En el tiempo que la medicina de los árabes floreció, hubo en ella un médico grandemente afamado así en leer como en escribir, argumentar, distinguir, responder y concluir; del cual se tenía entendido —atento a su gran habilidad— que había de resucitar a los muertos y sanar cualquier enfermedad. Y acontecía tan al revés que no tomaba enfermo en las manos que no lo echase a perder; de lo cual corrido y afrentado, se vino a meter fraile, quejándose de su mala fortuna y no entendiendo la razón y causa de donde podía nacer (Huarte, 1989, p. 493).

Los fracasos de este buen doctor indicaban que era imposible aunar en una misma persona el conocimiento de los preceptos generales sobre la enfermedad y el ojo clínico para diagnosticar el caso individual. Mientras que la teoría exigía mucho entendimiento y bastante memoria, dado que se basaba en la razón y también en la experiencia e historia, el diagnóstico exigía grandes dotes de observación. La práctica de la medicina demandaba una variedad de la imaginativa llamada *solercia*, que permitía discernir inmediatamente los signos externos de la enfermedad. Los médicos aventajados —escribió Huarte— «con señales comunes, inciertas y conjeturales y de poca firmeza en cerrar y abrir el ojo alcanzan mil diferencias de cosas en las cuales consiste la fuerza de curar y pronosticar con certidumbre» (Huarte, 1989, p. 501).

Mientras que la *solercia* era muy rara entre los Europeos, abundaba mucho entre los Egipcios: «Esta diferencia de imaginativa es mala de hallar en España, porque los moradores de esta región hemos probado atrás que carecen de memoria y de imaginación y tienen buen entendimiento. También la imaginativa de los que habitan debajo el septentrión no vale nada para la medicina; porque

es muy tarda y remisa. Sólo es buena para hacer relojes, pinturas, alfileres y otras brujerías impertinentes al servicio del hombre. Sólo Egipto es la región que engendra en sus moradores esta diferencia de imaginativa. Y, así, los historiadores nunca acaban de contar cuán hechiceros son los gitanos y cuán prestos en atinar a las cosas y hallar los remedios para sus necesidades... Y que sea esto verdad, parece claramente porque las ciencias que pertenecen a la imaginativa, todas se inventaron en Egipto, como son matemáticas, astrología aritmética, perspectiva, judiciaria y otras así» (Huarte, 1989, pp. 503-504).

Por esta razón, los mejores médicos eran los judíos, miembros de un pueblo que había vivido el destierro de Egipto y después había comido el maná y bebido las aguas purísimas sacadas de la tierra por la vara de Aarón en su camino hacia la tierra prometida. Pero Huarte concluyó reconociendo que «ahora no son tan agudos y solertes como mil años atrás; porque desde que dejaron de comer del maná lo han venido perdiendo sus descendientes poco a poco hasta ahora, por usar de contrarios manjares, y estar en región diferente de Egipto, y no beber aguas tan delicadas como en el desierto; y por haberse mezclado con los que descenden de la gentilidad, los cuales carecen de esa diligencia de ingenio. Pero lo que no se les puede negar es que aún no lo han acabado de perder» (Huarte, 1989, p. 523).

4. *Arte militar*. Aun no siendo una profesión académica, Huarte incluyó a la milicia porque «es la guerra tan peligrosa y de tan alto consejo, y tan necesario al Rey saber a quien ha de confiar su potencia y estado que no haremos menos servicio a la República en señalar esta diferencia de ingenio y sus señales» (Huarte, 1989, p. 526). La cualidad más importante para el militar era la *astucia* para descubrir las maquinaciones y engaños del enemigo, y darles una respuesta adecuada con todo tipo de trampas y argucias.²⁵ Ahora bien, como dependía de la imaginativa y ésta se hallaba reñida con el entendimiento, los muy inteligentes quedaban excluidos de esta profesión por ser demasiado ingenuos:

Los hombres de entendimiento no valen nada para la guerra, porque esta potencia es muy tarda en su obra y amiga de rectitud, llaneza, de simplicidad y misericordia. Y fuera de esto, no saben de astucias ni de ardidés, ni entienden cómo se pueden hacer; y así les hacen muchos engaños porque de todos se fian. Estos son buenos para tratar con amigos... Pero para con el enemigo no valen nada, porque éste trata siempre de ofender con engaños y es menester tener el mismo ingenio para poderse amparar (Huarte, 1989, p. 529).

Los militares tenían que ser astutos, duros de carácter y, además, descuidados en el vestir. Como escribió Huarte con respecto a este último rasgo, casi todos son «desaliñados, sucios, las calzas caídas, llenas de arrugas, la capa mal puesta, amigos del sayo viejo y de nunca mudar el vestido» (Huarte, 1989, p. 537). Pero ello no significa que tuviera una mala opinión de los hombres de armas. Aunque pueda resultar extraño en nuestros días, dichas personas sentían una especial aversión hacia las palabras groseras y mal sonantes, por cuanto que representaban una ofensa para su imaginativa. Los mejores capitanes, es decir, los que combinaban el ingenio para el mando con la imaginativa para el ataque, eran

25. Huarte señaló el parentesco existente entre «milicia» y «malicia»: «Y, así, es de saber que la malicia y la milicia casi convienen en el mismo nombre y tienen la mesma definición. Porque trocando la *a* por *i* de *malicia*, se hace *milicia*, y de *milicia* malicia con facilidad» (1989, pp. 526-527).

dechados de honestidad y modestia, como lo mostraba Julio César, en cuya historia, escribió Huarte «se hallará un acto de honestidad el mayor que ha hecho un hombre en el mundo; y es que estándole matando a puñaladas en el senado, viendo que no podía huir la muerte, se dejó caer en el suelo, y con la vestidura imperial se compuso de tal manera, que después de muerto le hallaron tendido con gran honestidad, cubiertas las piernas y las demás partes que podrían ofender la vista» (Huarte, 1989, p. 542).

El rasgo físico más saliente era la falta de pelo. Los mejores militares eran los calvos porque la calvicie era el principal signo externo de la imaginativa requerida para esta profesión. Como escribió Huarte: «esta diferencia de imaginación reside en la parte delantera de la cabeza, como todas las demás; y el demasiado calor quema el cuero de la cabeza y cierra los caminos por donde han de pasar los cabellos; aliende que la materia de que se engendraron, dicen los médicos, que son los excrementos que hace el cerebro al tiempo de su nutrición, y con el gran fuego que allí hay todos se gastan y consumen, y así falta materia de que poderse engendrar» (Huarte, 1989, p. 540).

Por último, los buenos militares eran afortunados y dichosos debido a su prudencia: «Por tener Julio César tanta prudencia en lo que ordenaba era el más bien afortunado de cuantos capitanes ha habido en el mundo, en tanto que en los grandes peligros animaba a sus soldados diciendo: “no temáis, que con vosotros va la buena fortuna del César”» (Huarte, 1989, p. 543). Frente a los que pensaban que la fortuna era veleidosa y hundía en la miseria a las personas honradas, Huarte defendió que era patrimonio de los prudentes a los que describió en los siguientes términos:

Hay unos hombres callados, tardos en hablar, pesados en responder, no polidos ni con ornamentos de palabras, y dentro de sí tienen ocultada una potencia natural tocante a la imaginativa, con la cual conocen el tiempo, la ocasión de lo que han de hacer, el camino por donde lo han de guiar, sin comunicarlo con nadie ni darlo a entender. A estos llama el vulgo dichosos y bien afortunados, pareciéndole que con poco saber y prudencia se les viene todo a mano (Huarte, 1989, pp. 545-546).

Esta descripción del varón prudente que, dicho sea de paso, contiene muchos de los rasgos que generalmente se atribuyen al carácter vasco, probablemente reflejaba el ideal humano del Dr. Huarte de San Juan, una persona amante de la discrección, reflexión, parquedad de palabras y que buscaba la fortuna en el trabajo bien hecho y no en el azar loco o irracional.

5. *El oficio de rey.* El análisis de las profesiones concluía con la suprema autoridad de la república, la encargada de dictar leyes y proveer al buen gobierno. El oficio de rey exigía un temperamento templado en el que estaban perfectamente equilibradas todas las cualidades de la mezcla. Además de ser fuente de prudencia y sabiduría, de este perfecto equilibrio, escribió Huarte, «resulta un instrumento tan acomodado a las obras del ánimo racional, que viene el hombre a tener perfecta memoria para las cosas pasadas, y grande imaginativa para ver lo que está por venir, y grande entendimiento para distinguir, inferir, racionar, juzgar y elegir» (Huarte, 1989, p. 574). Estas personas podían triunfar en todas

las ciencias si es que se lo proponían, pero como ninguna de ellas agotaba su capacidad, el lugar más adecuado era la suprema magistratura del país.

Huarte reconoció que los temperamentos templados eran muy raros fuera de Grecia, cuyo clima templado propiciaba su generación. Pero confesó que había encontrado uno en España, cuyas características eran las siguientes:

1. Cabello rubio o pelirrojo. Este rasgo era debido a que «si el cerebro tiene mucha flema en su composición, sale el cabello blanco; si mucha cólera, azafranado; pero estando estos dos humores igualmente mezclados, queda el cerebro templado en calor, frialdad, humedad y sequedad; y el cabello rubio, participante de ambos extremos» (Huarte, 1989, p. 578).

2. Cuerpo proporcionado, de formas perfectas capaces de suscitar la simpatía de los súbditos. Según Huarte: «la segunda señal que ha de tener el hombre que alcance esta diferencia de ingenio dice Galeno, que es ser bien sacado y airoso, de buena gracia y donaire, de manera que la vista se recree en mirarlo como figura de gran perfección. Y está la razón muy clara. Porque si la naturaleza tiene muchas fuerzas y simiente bien sazónada, siempre hace, de las cosas posibles, la mejor y más perfecta en su género» (Huarte, 1989, pp. 578-579). En lo que respecta a estatura, debía tener una talla media, ni muy alta ni muy baja, pero en caso de tener que elegir eran preferibles los bajos porque la humedad que producía el aumento del cuerpo en los altos era incompatible con el entendimiento.

3. Vida virtuosa y de buenas costumbres para dar buen ejemplo a los súbditos y poder dictar leyes que ayuden a vivir conforme a razón. Esto era una consecuencia natural del temperamento templado que inclinaba a la vida virtuosa, aunque no de una manera tan total y absoluta como había indicado Galeno, habida cuenta de la tendencia al pecado inherente a la naturaleza humana. Por esta razón el rey debía vigilar sus tendencias instintivas, así como moderarse en el comer y en el beber.

4. Por último, los temperamentos templados gozaban de buena salud y larga vida debido al equilibrio y proporción de todas las potencias que gobiernan su comportamiento.

Con esta descripción, que se ajustaba perfectamente al retrato del monarca entonces reinante, finalizaba el análisis de las principales profesiones y de las aptitudes requeridas por ellas.

Conclusión

Esperamos que esta sucinta exposición haya comunicado al lector algo del espíritu que anima al *Examen de Ingenios* del Dr. Huarte de San Juan. Como habrá podido apreciar en los textos que hemos citado con relativa profusión, su gracejo no exento de ironía y la extraordinaria concisión, precisión y riqueza del lenguaje, le convirtieron en un clásico de la lengua castellana. En opinión de Esteban Torre, se trata de una muestra perfecta de la literatura didáctica del renacimiento español en la que se armonizan con tino e inteligencia el mundo antiguo,

el medieval y las nuevas aportaciones europeas, escrita en un estilo caracterizado por la «claridad, concisión, equilibrio, y naturalidad» (Torre, 1977, pp. 41-42).

Por otra parte, su contenido refleja fielmente el ingenio e inventiva de su autor. Huarte fue una persona ingeniosa, como lo muestran sus numerosas y agudas observaciones sobre todo tipo de cosas, desde la naturaleza y forma del cerebro hasta el juego del ajedrez, así como el uso inteligente que hizo de los pensadores de la Antigüedad. En caso de ser autobiográfico el ejemplo propuesto al comienzo de la obra (Huarte, 1989, pp. 223-224), cabe pensar que de joven se le dio muy bien la didáctica y que tuvo dificultades con la retórica y el latín. Huarte no se sentía a gusto en las tareas que exigían un ingenio rápido, vivaz y ligero, y por esta razón no apreció a las profesiones que requerían una imaginación brillante y un tanto superficial y fue poco amigo de las florituras de los retóricos, denunciando con vigor los engaños y corruptelas de los predicadores que arrastraban a su auditorio con sus brillantes metáforas. A juzgar por su obra, Huarte fue un sabio, un hombre inteligente y agudo que supo ir al fondo de las cuestiones sin detenerse en las apariencias. Convencido de que el verdadero genio estaba en la originalidad e inventiva, tuvo el valor pensar por su cuenta, apartándose muchas veces de autoridades tan ilustres como Aristóteles, Platón o Galeno. La novedad de sus ideas psicológicas fue vista con recelo por los guardianes del orden establecido, pero su estilo directo, llano y sencillo llegó al gran público que supo reconocer en él a uno de sus grandes maestros.

Ahora bien, más de uno se preguntará por el significado y validez de su obra en nuestros días. Es evidente que el armazón teórico que sustenta su análisis de la inteligencia ha quedado reducido a la categoría de pura anécdota. La medicina hipocrático-galénica fue desbordada por la revolución científica del siglo XVII y la filosofía moderna hizo lo propio con el aristotelismo. Al igual que todo científico, Huarte fue un hombre de su tiempo y no pudo abstraerse a los prejuicios de su época. Pero ello no impide que su obra esté llena de interesantes intuiciones psicológicas sobre nuestra condición humana. Así, a pesar de su organicismo, reconoció la importancia del aprendizaje, condición *sine qua non* para que la semilla del conocimiento fecundara y diera fruto abundante. De ahí que en el primer capítulo diera algunos consejos prácticos para la educación de los jóvenes y al final del libro tratara de las diligencias para promover el ingenio de los niños. En su opinión, la educación debía ajustarse al ritmo del desarrollo psicológico del niño y el lugar más idóneo para cursar los estudios era la Universidad y no la familia. Por eso recomendó a los estudiantes que marcharan a otra ciudad distinta de la suya, en la que no pudieran contar con el regalo y protección del ambiente familiar:

Pero ha de salir el muchacho de casa de su padre; porque el regalo de la madre, de los hermanos, parientes y amigos que no son de su profesión es grande estorbo para aprender. Esto se ve claramente en los estudiantes naturales de las villas y lugares donde hay Universidades; ninguno de los cuales, si no es por gran maravilla, jamás sale letrado. Y puédese remediar fácilmente trocando las Universidades: los naturales de la ciudad de Salamanca estudiar en la villa de Alcalá de Henares, y los de Alcalá en Salamanca.

Esto de salir el hombre de su natural para ser valeroso y sabio es de tanta importancia que ningún maestro hay en el mundo que tanto le pueda enseñar, especialmente viéndose muchas veces desamparado del favor y regalo de su patria (Huarte, 1989, pp. 228-229).

Además de buenos maestros, los estudios requerían un método adecuado, procediendo de lo más simple a lo más complejo, y mucha perseverancia, a fin de que la ciencia pudiera echar raíces profundas. Estas observaciones y las que hemos apuntado anteriormente no son más que una parte muy pequeña del total. Huarte estaba familiarizado con la ignorancia, credulidad, impaciencia y afán de protagonismo de muchas personas que buscaban explicaciones milagrosas allí donde no había otras causas que las meramente naturales. Por eso dijo que el mejor criterio para conocer si uno era o no apto para la filosofía natural consistía en comprobar si era «amigo de echar todas las cosas a milagro, sin ninguna distinción» (Huarte, 1989, p. 240). Huarte tampoco olvidó el papel de las emociones y su influencia en la conducta humana. Así habló de la necesidad de contar con las demás potencias del alma vegetativa, tales como la concupiscible e irascible, y se ocupó de los efectos del miedo, al que consideró el causante principal del fracaso de los médicos en el tratamiento de los personajes importantes y de los fallos de los jugadores de ajedrez en jugadas muy fáciles. Por otra parte, tampoco descuidó la dimensión psicodinámica de la personalidad, como ha señalado el Profesor Pinillos (1976, p. 11).

Además de su preclara inteligencia y de su sentido de la justicia, Huarte ha legado a la psicología su interés por aplicar la ciencia a los problemas prácticos de la existencia humana. Convencido de que la razón podía completar las obras de la naturaleza, intentó introducir un orden racional en algo tan vital como el trabajo y la promoción del talento de las generaciones presentes y venideras. La vida profesional y matrimonial eran tan importantes para el individuo y la sociedad que no podían ser dejados al capricho irracional. Esta tarea requería una gran honestidad intelectual a la hora de la crítica, una extraordinaria inventiva para encontrar soluciones originales, y una exquisita prudencia para evitar los excesos de todo organicismo extremo, del que, por desgracia, no se libraron Galton ni los primeros propulsores de los tests mentales defensores de la eugenesia.²⁶ Creemos que en este tema como en tantos otros, Huarte supo mantener un difícil equilibrio y por esta razón su libro ha pasado a la historia como un clásico y constituye una de las grandes aportaciones a la cultura psicológica universal.²⁷

REFERENCIAS

- Aguado, F. (1944). *Doctor Huarte de San Juan*. Madrid: Edic Fe.
 Álvarez, R. (1985). *Sir Francis Galton, Padre de la Eugenesia*. Madrid: CSIC.
 Aristóteles (1988). *Acerca del alma*. Madrid: Gredos.
 Arrizabalaga, J. (1989). Biografía científica de Huarte de San Juan, *Huarte de San Juan*, 1, 29-40.
 Boas, M. (1962). *The scientific Renaissance, 1450-1630*. New York: Harper.
 Bonilla y San Martín, A. (1929). *Luis Vives y la Filosofía del Renacimiento*, 2ª ed. Madrid: I. Rubio.
 Bundy, M.W. (1927). *The Theory of Imagination in Classical and Medieval Thought*. Illinois: University of Illinois.

26. Véase, por ejemplo, los libros de Fancher (1985) o Sokal (1987).

27. Para la influencia de Huarte de San Juan en la literatura del Siglo de Oro y, más en concreto en Cervantes, es interesante la obra de Salillas (1905). El *Examen de Ingenios* despertó mucho interés en Europa a fines del siglo pasado y fue objeto de varias tesis doctorales, entre las que destacamos las de Klein (1913), y la ya mencionada de Guardia (1855). En ellas pueden encontrarse muchos datos sobre influencia y las fuentes de Huarte.

- Callot, E. (1951). *The Renaissance de sciences de la vie au XVI^{me} siècle*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Chaignet, A.E. (1966a). *Historie de la psychologie des grecs*, 5 vols. Bruxelles: Culture et civilisation.
- Chaignet, A.E. (1966b). *Essai sur la psychologie d'Aristote*. Bruxelles: Culture et civilisation.
- Chinchilla, A. (1841-1846). *Anales históricos de la medicina en general y biográficos-bibliográficos de la española en particular*, 6 vols. Valencia: López.
- Fancher, R.G. (1985). *The intelligence Man: makers of the I.Q. Controversy*. New York: Norton.
- Galton, F. (1869). *Hereditary Genius: an inquiry into its laws and consequences*. London: MacMillan.
- García Ballester, L. (1976). *Historia Social de la Medicina en la España de los siglos XII al XVI*. Madrid: Akal.
- García Vega, L., Moya, J. (1991). *Juan Huarte de San Juan patrón de la psicología española*. Madrid Ediciones Académicas.
- Gondra, J.M. (1989). Juan Huarte de San Juan y la Eugenesia. En J.L. Cuesta, I. Dendaluz, E. Echeburua (Eds.), *Criminología y Derecho Penal al Servicio de la Persona: Libro-Homenaje al Profesor Antonio Beristain* (199-210). San Sebastián: Instituto Vasco de Criminología.
- Guardia, J.M. (1855). *Essai sur l'ouvrage de J. Huarte: Examen des aptitudes diverses pour les sciences (Examen de Ingenios para las Ciencias)*. Paris: A. Durand.
- Guthrie, W.K.C. (1960). *The Greek philosophers, from Thales to Aristotle*. New York: Harper and Row.
- Guthrie, W.K.C. (1962-1981). *A History of Greek Philosophy*. Cambridge: Cambridge Univ. (Trad. cast.: *Historia de la Filosofía Griega*, Madrid: Gredos.)
- Hernández Morejón, A. (1842-1852). *Historia bibliográfica de la medicina española*. Madrid: Impr. de la Vda. de Jordán.
- Hicks, R.D. (1970). *Aristotel's de Anima*. Cambridge: Cambridge Univ.
- Huarte de San Juan, J. (1989). *Examen de Ingenios para las Ciencias*. Madrid: Cátedra.
- Hutchings, C.M. (1936). The Examen de Ingenios and the doctrine of the original genius. *Hispania*, 19, 273-282.
- Iriarte, M. (1948). *El doctor Huarte de San Juan y su Examen de Ingenios. Contribución a la Historia de la Psicología Diferencial*. Madrid: C.S.I.C.
- Joly, R. (1966). *Le niveau de la science hippocratique, contribution à la psychologie de l'histoire des sciences*. Paris: Société d'éditions.
- Joly, R. (1969). *Hippocrate. Médecine Grecque*. Paris: Gallimard.
- Jouanna, J. (1992). *Hippocrate*. Paris: Fayard.
- Klein, A. (1913). *Juan Huarte de San Juan und die Psychognosis der Renaissance*. Bonn: P. Rost.
- Lain Entralgo, P. (1972). *Historia Universal de la Medicina*, 7 vols. Barcelona: Salvat.
- Lain Entralgo, P. (1982). *La medicina hipocrática*. Madrid: Alianza.
- Levine, E.B. (1971). *Hippocrates*, New York: Twayne.
- López Piñero, J.M. (1979). *Ciencia y técnica en la Sociedad Española de los siglos XVI y XVII*. Barcelona: Labor.
- Marañón, G. (1942). *Luis Vives. Un español en el exilio*. Madrid: Espasa Calpe.
- Marañón, G. (1990). Notas sobre Huarte, *Huarte de San Juan*, 2, 15-38 (publicado originariamente en 1933).
- Modrak, D.K.W. (1987). *Aristotle, the power of perception*. Chicago, IL: Univ. of Chicago.
- Noreña, C.G. (1978). *Juan Luis Vives*. Madrid: Ediciones Paulinas.
- Pinillos, J.L. (1976). El Examen de Ingenios cuatro siglos después, *Revista de Psicología General y Aplicada*, 31, 3-15.
- Robinson, D.N. (1989). *Aristotle's Psychology*. New York: Columbia Univ.
- Ross, D. (1964). *Aristotle*, London: Methuen (originariamente publicada en 1927).
- Salillas, R. (1905). *El gran inspirador de Cervantes, El doctor Juan Huarte de San Juan y su examen de ingenios*. Madrid: E. Arias.
- Sánchez Granjel, L. (1980). *Historia general de la medicina española, II: la medicina española renacentista*, Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Sanz, R. (1930). Prólogo. En J. Huarte de San Juan, *Examen de Ingenios para las ciencias* (i-xxxvi). Madrid: Imprenta la Raía.
- Sarton, G. (1927-47). *Introduction to the history of the sciences*. 3 vols. Baltimore: Williams and Wilkins.
- Sarton, G. (1954). *Galan of Pergamon*. Lawrence: Univ. of Kansas.
- Sarton, G. (1959). *A History of Science and culture in the last three centuries B.C.* Cambridge Ma.: Harvard Univ.
- Sarton, G. (1962). *The history of science and the new humanism*. New Brunswick, NJ: Transaction Books.
- Serés, G. (1989). Introducción. En J. Huarte de San Juan, *Examen de Ingenios para las ciencias* (13-131). Madrid: Cátedra.

- Siebeck, H. (1961). *Geschichte der Psychologie*, 2 vols. Amsterdam: Schippers (originariamente publicado en 1879).
- Siegel, R.E. (1973). *Galen on psychology, psychopathology, and function and diseases of the nervous system*. Basel: Karger.
- Singer, C.J. (1922). *Greek biology and greek medicine*. Oxford: Clarendon Press.
- Singer, C.J. (1957). *A short history of anatomy and physiology from the greeks to Harvey*. New York: Dover.
- Singer, C. (1967). *A short history of medicine*. New York: Oxford Univ.
- Smith, W.D. (1979). *The hippocratic tradition*. Ithaca: Cornell Univ.
- Sokal, M.M. (1987). *Psychological Testing and American Society, 1890-1930*. New Brunswick: Rutgers Univ.
- Temkin, O. (1973). *Galenism: rise and decline of a medical phylosophy*. Ithaca, NY: Cornell Univ.
- Torre, E. (1977). Introducción. En J. Huarte de San Juan, *Examen de Ingenios para las ciencias* (9-54). Madrid: Editora Nacional.
- Torre, E. (1984). *Sobre la lengua y literatura en el pensamiento científico español de la segunda mitad del siglo XVI*. Sevilla: Universidad de Sevilla.
- Ullesperger, J.B. (1954). *Historia de la Psicología y de la Psiquiatría en España desde los tiempos más remotos hasta la actualidad*. Madrid: Alhambra.